

gerente hay un administrador. Visiblemente, Juan Carretero es el hombre de confianza de la empresa y quien de verdad lleva el timón del diario.

A la muerte de Vázquez, Juan Carretero, que cuenta 54 años, vuelve formalmente a la dirección del diario y ya va a permanecer en ella hasta su muerte en 1952. Ahora ha caído en desgracia Serrano Súñer y está Juan Aparicio, andaluz, hombre de netas convicciones fascistas, pero quizá más ecuánime, como Director General de Prensa. A Juan Carretero le esperan ahora ocho años en la dirección del diario, lo hace desde su modesto despacho de gerente, pues no quiere más mudanzas, y aunque dentro de la casa se le tiene respeto y cariño y desde fuera se le hostiga menos, le tocan los años más duros de la posguerra, los del hambre y la represión, además de una durísima censura.

Memoria de mi ABC

Juan Luis MANFREDI MAYORAL

Para un profesor, participar en un congreso como éste, que se celebra además en su propia Facultad, es una ocasión excelente para hacer una demostración de su capacidad investigadora y de sus habilidades docentes. Yo voy, sin embargo, a dejar pasar esa oportunidad porque me presento ante ustedes no como un científico, un investigador o un docente, sino como un periodista que viene a contarles su experiencia de casi veinte años en el periódico objeto del estudio en este congreso.

Por eso, no esperen ustedes citas ni referencias bibliográficas o hemerográficas ni confíen en que mis palabras vayan a ser una fuente válida para posibles investigaciones. Aunque confío en que lo que les voy a ofrecer no les resulte una “batallita”, quiero aprovechar esta intervención para rendir un homenaje a los que fueron mis compañeros, mis maestros y mis amigos a lo largo de muchos años, precisamente los más importantes en la vida de una persona.

Yo nací en Espiel (Córdoba), el 3 de Septiembre de 1948. El 1 de septiembre de 1968, dos días antes de mi vigésimo cumpleaños, me convertí en redactor de plantilla de *ABC de Sevilla*, en el que había hecho mis prácticas el verano anterior. Cuando me marché del periódico, en mayo de 1988, había pasado allí 19 años, lo que quiere decir que participé en la elaboración de unos siete mil números en una etapa particularmente interesante de la vida del mundo, de España y de Sevilla. En lo personal, cuando entré por primera vez en la redacción ni siquiera me apuntaba la barba y cuando salí ya era un hombre hecho y derecho, casado y con tres hijos.

Como esta intervención está hecha en primera persona, permítanme que empiece ofreciéndoles mis coordenadas personales. Ya les he dicho que nací en Espiel (Córdoba) porque mi madre era de allí y allí fue a parir, aunque por entonces los Manfredi vivían

en Huelva y un poco más tarde en Madrid, donde estudié en el Colegio de los Hermanos Maristas, en Chamberí.

Mi padre, Domingo Manfredi Cano, era escritor y periodista, de manera que llevo el oficio en la sangre. En 1965, mientras mi familia estaba en Santa Cruz de Tenerife porque a mi padre lo habían nombrado director del Centro Emisor del Atlántico, de Radio Nacional de España, entré en la Universidad de La Laguna, aunque sólo por un año, pues me marché de nuevo a Madrid, a estudiar en la Escuela Oficial de Periodismo, en la que me gradué en 1968. Entre mis profesores estaban Bartolomé Mostaza, Carmen Llorca y Aquilino Morcillo y entre mis compañeros de la XX Promoción de la Escuela, Javier Martínez Reverte, María Antonia Iglesias, Fabián Ortiz, Jordi Casasempere, Eugenio Pérez, María Victoria Martínez, Luis López Delpecho (Luis Pancorbo, para la televisión), Francisco Giménez Alemán y Bernardo Díaz Nosty.

En el verano de 1968 vine a Sevilla a hacer prácticas en *ABC*, que entonces dirigía Joaquín Carlos López Lozano, y me quedé. El 1 de Septiembre de 1968 (dos días antes de cumplir veinte años) me convertí en el redactor de plantilla más joven de *ABC* ... y de toda España. Empecé a trabajar en el periódico y también retomé lo que entonces se llamaba Filosofía y Letras, licenciándome en 1971 y doctorándome en 1991. De esta etapa recuerdo sobre todo a mis profesores Gregorio Salvador, Alfredo Jiménez, Antonio Blanco, José María Luzón, José Hernández Díaz y Emilio Lledó. En el periódico estuve casi veinte años y es allí donde aprendí el oficio de periodista junto a Francisco Otero, Javier Smith, Antonio Colón, Manuel Olmedo, Remigio Ruiz, Luis Conde, Manuel Ferrand, Antonio Burgos y sobre todo José Antonio Blázquez, mi amigo del alma. En *ABC* hice de todo: mesa y calle, nacional, internacional, información municipal, crítica de cine, de arte, de teatro y de flamenco, artículos, entrevistas, reportajes y todo lo que se ponía tiro. En aquella redacción pasé el atentado que costó la vida a Carrero Blanco, la enfermedad y muerte de Franco, el desarrollo y promulgación de la Constitución, la proclamación de Don Juan Carlos como Rey, la Transición, el intento de golpe de estado de Tejero, el auge y el derrumbe de la UCD, el triunfo del PSOE y el inicio de la Comunidad Autónoma y la Junta de Andalucía. En el

resto del mundo, mientras, se había producido o se estaba produciendo la descolonización de los actuales países de África y Asia, que vivían todos en una permanente inestabilidad y eran frecuentes los golpes de Estado, estaba en su apogeo la guerra fría entre Estados Unidos y la Unión Soviética y tuvieron lugar algunos de los episodios bélicos más sangrientos del siglo XX (o así nos lo parecía entonces), como la guerra civil del Congo, la Guerra de los Seis Días entre Israel y sus vecinos y, sobre todo, la Guerra de Vietnam.

Cuando empecé a trabajar había redactores que sólo escribían a mano y otros que usaban la máquina de escribir tecleando sólo con dos dedos. No había ordenadores, ni edición electrónica, sino linotipias, y se cerraba la edición como muy pronto a las 2 de la madrugada, que era la hora de irse de copas, casi siempre a ventas y tablaos, aunque ya empezaban a aparecer güisquerías y discotecas.

La redacción estaba en la calle Cardenal Ilundáin, entonces casi al final de la avenida de La Palmera. Era una calle sin salida, a cuya entrada había un cine de verano, una fábrica de aceite, un quiosco y un almacén de hierros, además del edificio del periódico, que tenía tres plantas: en la baja estaba la rotativa, en la primera la administración, la redacción y el taller, y en la segunda el archivo y los teletipos. Lo más significativo de la redacción era su mesa, única, ancha y muy larga. Según parece, era una versión moderna de la anteriormente utilizada en la redacción del periódico cuando estaba en el centro de la ciudad.

La sala de la redacción, con enormes ventanales que daban a la calle, estaba presidida por una estantería con el diccionario enciclopédico Espasa. Sobre la estantería estaba un busto del fundador, D. Torcuato Luca de Tena.

Además de la mesa grande, a cuya cabecera se sentaba el redactor-jefe, en una esquina de la sala había una mesa individual para el subdirector. El director pasaba mucho tiempo en la redacción, pero su despacho estaba en otro sitio más noble, junto a una inmensa sala de visitas rodeada de vitrinas en las que se guardaba —encuadrada— la colección de ejemplares del periódico.

En la mesa, cada uno tenía su sitio, que era el más cercano a aquel con quien te llevaras mejor. No nos sentábamos en función de las áreas o secciones a las que

estuviéramos adscritos, aunque los jefes de sección solían ponerse cerca de la cabecera en la que se sentaba el redactor jefe y los maquetadores en el centro de la mesa, porque era más ancho.

La redacción que yo conocí estaba equipada con máquinas de escribir, primero mecánicas y luego eléctricas. Se escribía en hojas de papel de rotativa cortadas al tamaño A4, en unas el texto y en otras los titulares.

El proceso de producción periodística empezaba por la mañana, con la reunión del director con el redactor jefe del primer turno (que trabajaba más o menos desde las 4 de la tarde a las 12 de la noche), que decidían los temas y hacían el planillo, que en *ABC* se llama “el casado”. El redactor jefe repartía el espacio disponible entre los jefes de sección, que a su vez decían a los redactores qué asuntos abordar y en qué espacio. Los redactores llegábamos alrededor de las cuatro de la tarde y nos íbamos cuando se cerraba el periódico.

Por la tarde, convivían las redacciones de huecograbado y de “tripa”, porque el periódico se hacía en dos fases y horarios, que se correspondían con las derivadas del uso de las tecnologías de huecograbado y de impresión de tejas de plomo. Ambas están ya en desuso, por lo que quizás podría recordarles a ustedes que el huecograbado se utilizaba fundamentalmente para imágenes porque da más calidad, aunque tiene un proceso laborioso que requiere varias horas. Con el “hueco” se hacían las páginas gráficas, en las que luego se embuchaban las de texto.

La redacción de “hueco” tenía maquetadores, pues exigía precisión en el cálculo de los tamaños. En la de texto, cada jefe de sección “pintaba” sus páginas y encargaba los textos a ojo, aunque la experiencia hacía que fueran de una precisión increíble.

Una vez escritos los textos, pasaban al taller, cuyo regente repartía el trabajo entre los linotipistas. Cuando estaba hecho un texto, se entintaba, se sacaba una prueba y se enviaba a redacción para posibles correcciones. Cuando se tenían todos los textos de una plana, el jefe de sección iba al taller y con la ayuda de un ajustador la cerraba, quitando sobre la marcha las líneas de plomo que sobraban. Antes de enviarla a otra parte del taller donde se hacían las tejas para la rotativa, se entintaba, se hacía una

prueba y se revisaba en corrección, donde un equipo de personas las ponían a punto para la impresión.

La materia prima, las noticias, llegaban a la redacción por varias vías. En primer lugar, por teletipo, que funcionaban con papel en rodillo vigilados por un ayudante de redacción que iba cortando y agrupando por temas, llevándolos a la mesa de redacción cada poco tiempo. Había también varios taquígrafos, que tomaban las crónicas por teléfono y las transcribían antes de entregarlas al jefe de la sección correspondiente. Y había, claro, fotógrafos y redactores de calle, además de colaboradores fijos o esporádicos.

Cuando llegué a la redacción de *ABC de Sevilla* el director era Joaquín Carlos López Lozano, con Joaquín, un personaje de enorme poder en la ciudad, pues había sido presidente de la Diputación, de la Junta de Obras del Puerto y del Ateneo. Era alto, fornido, siempre con un puro en la boca, educadísimo, culto, gourmet, con gran sentido del humor y hablaba inglés, cosa rarísima en aquella época. Durante la II Guerra Mundial había sido partidario de los Aliados y escrito crónicas utilizando como fuente a la BBC, lo que le valió varias sanciones administrativas y que la censura prohibiera en numerosas ocasiones su publicación. Se definía como monárquico liberal y era un convencido de que el Conde de Barcelona acabaría siendo Rey de España a la muerte de Franco.

El subdirector era Francisco Otero, culto, con un humor vitriólico y un mal genio legendario, que daba unas voces tremendas. Se consideraba a sí mismo un gourmet, y seguramente lo sería, pero lo era cierto es que era un comilón, que si no podía ir a su casa a la hora de la cena era capaz de comerse en la redacción media docena de latas de bonito...., mojando en ellas dos o tres bollos. Tuvo una mala suerte terrible: nombrado corresponsal en Roma, que era la ilusión de su vida, a poco de llegar allí sufrió una embolia que le dejó inválido y obligó a su repatriación.

Mis redactores jefes eran Antonio Colón, padre de nuestro compañero Carlos Colón, Javier Smith y Manuel Olmedo. Más adelante fue nombrado también Nicolás Salas, aunque yo no estuve a sus órdenes hasta que fue nombrado director.

Colón era un tipo cosmopolita, que había trabajado en el *España* de Tánger en los años en que estuvo bajo mandato internacional, y que sabía todo lo que había que saber sobre cine. Además de redactor jefe, era el crítico de cine del periódico. Era pausado, amable, con un excelente dominio del idioma y mucho oficio. Javier Smith, sevillano hijo de un jugador de fútbol inglés y de una sevillana, era taciturno, serio, parco de palabras y excelente escritor, que llegó a publicar varias novelas. En cuanto a Manuel Olmedo, hijo de Antonio Olmedo, que fue uno de los primeros directores de *ABC de Sevilla*, era catedrático de Física en un Instituto, al que iba lo menos posible porque su vocación era la de periodista. Además de redactor jefe, era el crítico de artes plásticas, un asunto que dominaba con enorme soltura.

En la redacción en la que yo debuté como periodista profesional los compañeros más mayores eran Remigio Ruiz, abuelo de la profesora Ruiz Acosta, y Luis Conde Rivera, que estaban a punto de jubilarse. A pesar de ello, hacían calle y se pasaban la mañana en el Ayuntamiento y la Diputación (Remigio) o la Cámara de Comercio y buena parte de la tarde escribiendo lo que habían conseguido. Se comportaban conmigo como dos abuelos, dándome consejos y enseñándome trucos de un oficio que conocían muy bien.

Siguiendo en orden decreciente de edad, también eran redactores Benigno González, que era coronel de Caballería por las mañanas y que a veces se presentaba en la redacción de uniforme y botas de montar porque no le había dado tiempo a cambiarse, Manuel Ferrand, ganador del Premio Planeta y del Ateneo de Sevilla, una de las personas más cultas y agradables que he conocido, y Julio Martínez de Velasco, que durante años publicó a diario una sección de greguerías que era el vivo reflejo de su sentido del humor, muy en la línea de Gómez de la Serna. Otro compañero inolvidable era José Luis Tasset, pelirrojo, malhumorado siempre ... pero excelente periodista y magnífico compañero.

Juan José Serrano era el fotógrafo. Grande, grueso, siempre fumando y con quemaduras en la ropa, tenía un carácter endemoniado, no dejaba pasar ni una. Sabía muy bien su oficio y ha pasado a la historia del periodismo gráfico español como el mejor de Sevilla en su tiempo.

José Antonio Blázquez era el redactor de Deportes. Alto, vitalista, divertido, buen dibujante, mejor cantador de flamenco, generoso, bohemio y, sobre todo, excelente profesional, con un lenguaje y unos recursos estilísticos que lo situaron en su momento entre los mejores de España. Si de todos mis compañeros aprendí algo del oficio de periodista, de José Antonio aprendí más, quizás porque también fue mi mejor amigo. También estaba en esa redacción Nicolás Salas, primero como redactor y más tarde como redactor jefe y director. Escribía de asuntos económicos y tenía una cierta fijación por las estadísticas.

En el escalafón de la edad, Antonio Burgos estaba inmediatamente delante de mí. Hasta que yo llegué era el “niño Burgos”, un niño terrible con barba y melenas muy de la época pero raras de ver en *ABC*. Ya entonces era brillante, ocurrente y con mucho oficio. Lo mismo maquataba que se ocupaba del cierre y desde luego escribía con un estilo personal que pronto lo convirtió en una figura.

No quiero que se me olvide evocar a un personaje singular de aquella redacción: Conchichi Ribelles, colaboradora que hacía los ecos de sociedad, que eran un precedente de la prensa rosa. Durante años fue la única mujer periodista de Sevilla. Soltera empedernida, elegante, guapa y muy culta, cuando yo la conocí era ya una señora madura que traía de cabeza a más de uno. Conocía a todo el mundo y en más de una ocasión consiguió informaciones que eran inaccesibles para los demás. Decía que si la fuente informativa tenía esposa, o esposo, o hijos, ella podía sacarle lo que la propia fuente no podía o quería contar.

Quiero recordar aquí también a tres ilustres colaboradores del periódico: Norberto Almandoz, compositor y musicólogo de gran prestigio, que era el crítico musical, Vicente Flores, caricaturista excepcional, y Juan Carlos Alonso, que durante años publicó un chiste diario sobre temas sevillanos que complementaba al de Mingote. Después de mí llegaron al periódico redactores cuyos nombres ya les resultarán familiares porque siguen en la brecha. Primero, dos mujeres, Margarita Seco y Margarita Jiménez. Cuando ellas llegaron hubo que hacer un lavabo de señoras, porque no había. Bonifacio Rodríguez Cañibano, Ricardo Ríos, Carlos Bernal, Santiago Lucas, Ignacio Martínez, David Fernández, Gloria Gamito y Antonio de la Torre, Tomás

Balbontín, Manuel Ramírez, Álvaro Ybarra, Inmaculada Navarrete, Julio Herce, ... Y después de ellos, otros a los que ya he conocido desde fuera.

Esta redacción que les describo fue durante algún tiempo la última que vivió la bohemia del periodismo, con trasnoches y madrugones, con poco sueldo y pluriempleo. Casi todos trabajábamos en más de un sitio. Yo, por ejemplo, lo hice en Radio Nacional de España (tuve un programa diario de flamenco durante más de diez años, siempre con Antonio Capilla como técnico), la SER (dos o tres años con María Esperanza Sánchez en un programa juvenil), media docena de revistas, la segunda cadena de TVE, la oficina de prensa del Colegio de Médicos (que yo puse en marcha, siendo presidente Pedro Albert) y la de la Universidad (que también inicié, en el Rectorado de Manuel Clavero), además de dar clase en el Instituto “Fernando de Herrera”. Por eso los de mi generación tenemos *currícula* tan abultados.

Para terminar, quiero referirme a los que eran nuestros competidores en la época que les estoy contando. Los otros periódicos eran *El Correo de Andalucía*, propiedad de la Iglesia, y al que en ese periodo dirigieron sucesivamente José Montoto, José María Javierre y José María Requena, y el *Sevilla*, de la Prensa del Movimiento, que tuvo varios directores y un subdirector eterno, Celestino Fernández Ortiz, además de la edición sevillana de *Pueblo*, que era de Sindicatos y que dirigía Manuel Salvatierra, el padre de Nina Salvatierra.

Entre los compañeros de la competencia que recuerdo de aquella época estaban Manuel Lorente, de *Pueblo*, Mariano Martín Benito, de *Marca*, Santiago Sánchez Traver, de *La Voz del Guadalquivir*, Nina Salvatierra y José Escamilla, de TVE, Juan Teba y Juan Holgado Mejías, entre otros.

Muchos de los compañeros que he citado ya han fallecido o se han retirado, pero la mayoría sigue en el periódico, que se renueva constantemente. Mis veinte años en el periódico, casi un tercio del periodo de estudio de este Congreso, son sólo una parte de la historia de *ABC de Sevilla*, pero en ellos, como ahora, los que lo hacíamos cada día poníamos nuestro empeño en que fuera un referente, un modelo. Para mí lo fue, en lo personal y en lo profesional, y lo sigue siendo.